

Ribera, o por el de la rebeldía, como en Goya, o por el de la serenidad, como en Velázquez, o, en fin, por el del caos eterno, como en Pablo Picasso.

Ello cobra hoy una presencia casi atroz, porque diríase que muchas maneras del arte contemporáneo se complacen en acumular razones para invitarnos a morir, o mejor, a pudrir en vida. No otra cosa parecen significar los ciclos del surrealismo, ni las versiones plásticas de cierto existencialismo de Broadway y de Bulevar Saint-Michel, obstinado en considerar la fabricación de la literatura y del arte como una fabricación de entierros a voluntad del cliente, que, además de estar obligado a morir, está obligado a pagar el cuadro o el libro que le mata.

La lección de nuestros artistas es otra. La pintura española opera el milagro de hacer vivir lo que no vive. Ella nos dice que la belleza puede estar también en la muerte, cuando ésta no ha sido temida, sino esperada como una manifestación de vida más alta y más duradera.

Podría incluso decirse que la obstinación de nuestros artistas, desde Berrugue-

te a Solana, en presentarnos escenas y trances mortuorios, parece dirigida a familiarizarnos con la muerte como con un acto más del vivir, precisamente el más lleno de esperanza. Es una empresa que pudiera revelar el deseo de «matar la muerte» descubriendo su secreto.

En este sentido, el arte español revela una filosofía inclinada vorazmente del lado de la vida. Contribuye a crear una ética y un valor humanos. El arte de Francia, o el de Italia, mucho más dados a celebrar las excelencias triviales de la vida, lo amable, lo galante, lo divertido, no suele contener esta fuerza de orden superior. Más bien nos empequeñecen, nos materializan, nos halagan y nos hacen sentirnos torpemente humanos; nos llenan de dependencias, de razones mórbidas, presentándonos todo lo que hace al hombre cobarde por el miedo de perderlo.

Nuestros pintores parecen darlo «todo por perdido», menos la esperanza en lo que es eterno. Y por este camino, pueden ayudarnos a sentir lo que nos rodea, con una serenidad, una comprensión y un «conocimiento de los hechos», más profundo y, en el fondo, menos decepcionante.

